

Algunos de nuestros soldados comenzaban ya á abandonar sus filas, y descendian por la parte opuesta, tratando de confundirse con los heridos que se retiraban; pero advirtiéndolo el general Santa-Anna, para impedir aquel desórden mandó algunos de sus ayudantes, quienes por la fuerza y por el estímulo del entusiasmo, consiguieron que volviesen á subir los fugitivos.

Entre tanto, el general Baneneli apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados, que ufanos de tomar por fin parte en un combate que solo habian escuchado, hicieron esta operacion levantándose llenos de brio para acudir á donde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrorizados instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su gefe apuró todos los esfuerzos para contenerlos. Envueltos, él mismo, los gefes de ingenieros y otros oficiales que con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

Sobre la cumbre del cerro se veia entónces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupcion violenta de un volcan, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos al derredor de la cima del Telégrafo, flameaba aun nuestro pabellon abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellon de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana.

Por la parte de la derecha de nuestra línea el enemigo se habia presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre la posicion del centro, intentaba asaltarla para hacerse á la

vez dueño de todos nuestros atrincheramientos. El capitan de navio Godinez, comandante de artillería, habia convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualquiera de ellas, sin hacerles fuego sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevencion las piezas cargadas con metralla. La columna americana, compuesta de los voluntarios, al mando del general Pillow, se aproximaba mas y mas sin que de nuestras líneas saliese un solo tiro; pero no bien estuvo á una distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de nuestras piezas, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería de las tres posiciones, haciendo un estrago horrible en los enemigos, los desordenó y los obligó á huir apresuradamente.

Antes de que pudieran reorganizarse, y cuando nuestros soldados no habian sufrido el mas leve daño, el Telégrafo habia sucumbido, y los americanos, que se habian apoderado de él, descendiendo por su falda derecha, sobre la batería del camino, de que no llegaron á hacer uso nuestras fuerzas, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro desde el que el enemigo les dirigia sus fuegos. El general Jarero ya no intentó ninguna resistencia, y capituló, entregándose con toda la fuerza que mandaba á disposicion del enemigo.

Al perderse el Telégrafo, el 6.º de infantería se habia replegado á las posiciones de la derecha, donde capituló con los demas cuerpos: el batallon de Granaderos, que habia sido traído de la batería del centro al pié del cerro, se dispersó en su mayor parte, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para reunirlo.

La brigada del general Arteaga, que habia llegado en los momentos del conflicto, contagiada con la desmoralizacion de las demas fuerzas, se hallaba en desórden frente al cuartel general sin haber combatido: el 11.º de infantería, á virtud de distintas órdenes del general en gefe, hacia repetidas marchas y contramarchas por aquel mismo punto: los restos dispersos de los batallones 2.º, 3.º y 4.º ligeros, y 3.º y 4.º de línea, acudian allí tambien en el desórden consiguiente, y toda aquella masa de hombres, acobardados, sin moral, sin disciplina, se revolvian en un corto espacio de camino en la confusion mas espantosa.

Un oficial entusiasta peroraba á voz en cuello á las tropas, asegurando que nada se habia perdido aun, queriendo reanimar el espíritu muerto de toda aquella turba desgraciada: el general Baneneli, incorporándose en su caballo, lleno de ira, vomitaba mil horribles imprecaciones contra sus soldados, y con una pistola amartillada amenazaba principalmente á uno de sus capitanes: el general en jefe desahogaba su despecho contra los gefes que habian perdido sus posiciones; y la agitacion de aquella multitud, la incomodidad del terreno, el peligro y la desesperacion, hacian indescribible aquel desconcierto.

Entre tanto una columna enemiga, mandada por el general Worth, atravesando aquellas barrancas y breñales de nuestra izquierda, que se habian calificado de inaccesibles, se aproximaba á la batería que se habia establecido ese mismo dia, única que quedaba á nuestras fuerzas. El general en jefe dió orden al general Canalizo para que cargase con la caballería; pero el bosque impedía absolutamente el que se ejecutase esta operacion. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañon que se le hacia, dirigiéndose á salir al camino, mas á la izquierda de nuestra batería, para cortarnos la retirada. Sin embargo, cuando se hubo aproximado bastante, se desprendieron mas de doscientos tiradores, cuyas descargas hacian desaparecer sucesivamente como de un soplo las dotaciones de nuestras piezas, servidas por los artilleros y por una partida de coraceros, á la que se mandó desmontar para que auxiliase la batería. El primer ayudante Velasco, gefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entre tanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino; y nuestra caballería, viendose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entónces Robles y los valientes oficiales de artillería Malagon, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hácia la izquierda, dirigiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos ántes de que los tiradores, que se precipitaron sobre ellas á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviesen en nuestra contra.

El general Santa-Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirigia por el camino á la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga, le impidió absolutamente el paso

con una descarga que lo obligó á retroceder. El coche del mismo general, que salia para Jalapa, fué acribillado á balazos, muertas las mulas y hecho presa del enemigo, así como un carro, en el que habia diez y seis mil pesos, recibidos el dia anterior, para el socorro de las tropas. Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia entre los nuestros, obraba solo el deseo de salvacion, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desesperados al estrecho paso del desfiladero que baja al Plan del Rio, por donde el general en jefe se habia dirigido con los gefes y oficiales que lo acompañaban.

Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino. Confundidas las clases todas, perdido el prestigio y el pudor militar, los distintivos se habian convertido en insignias sarcásticas, que solo graduaban la responsabilidad y la humillacion. El enemigo, dueño ya de nuestro campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, acrecentando mas y mas el terror de la multitud que se arrojaba por el desfiladero, impulsada á cada instante por una nueva velocidad, y aumentando la confusion y la vergüenza de tan malhadado trance.

¡Cerro-Gordo se habia perdido! ¡México quedaba abierto á la iniquidad del invasor!

III.

El general Santa-Anna, ceñudo y silencioso, dejando marchar casi libremente á su caballo, seguido de toda aquella turba ensangrentada, descendió á lo mas profundo de la barranca, pasó el rio y encumbró á la cima opuesta, donde habia muchas probabilidades de encontrar una emboscada del enemigo, que hubiera asesinado impunemente á cuantos subiendo en desorden por un sendero estrecho y escarpado, no podian defenderse, ni tenian punto alguno donde refugiarse.

Habiendo llegado á la cumbre de la loma, el general hizo alto, y dispuso que los generales Ampudia y Rangel y el coronel Ramiro reuniesen en aquel punto todos los dispersos, para que ordenados prosiguiesen la retirada de la mejor manera posible. En seguida, tomando hácia la derecha, se dirigió para el Encero por una vereda casi pa-

ralela al camino de Cerro-Gordo á Jalapa. Lo seguian, formando una pequeña comitiva, los generales Perez, Argüelles y Romero, y los gefes y oficiales Schiafino, Escovar, Galindo, Vega, Rosas, Quintana y Arriaga, y los Sres. Trias, Armendaris, Urquidí y un sobrino del mismo general en gefe.

En el sitio donde habia sido la batalla se escuchaban todavía algunos tiros disparados sobre los infelices indefensos que no habian logrado salvarse.

Entretanto, una partida de caballería enemiga, con dos piezas ligeras, habia salido de allí por el camino de Jalapa en persecucion de la caballería nuestra, y casi á un tiempo iba á llegar con Santa-Anna al Encero. Al descubrirse recíprocamente, los americanos dispararon algunos tiros de cañon, y el general Santa-Anna dejando la vereda que llevaba, tomó hacia la izquierda en una direccion perpendicular á aquella.

Largo tiempo vagó incierto con su comitiva de uno en otro punto, sin tomar un rumbo determinado, hasta que se fijó en una resolucion, y siguió las veredas que conducen á la hacienda de Tuzamápan.

Recorriendo multitud de pueblecillos y ranchos esparcidos aquí y allá entre las ondulaciones de un terreno descubierto, continuó la marcha, poseidos todos del horror de la desgracia que se acababa de experimentar. Un tinte melancólico ennegrecia á la vista de los que acompañaban al general Santa-Anna: todo cuanto los rodeaba, y la presencia de aquel hombre, el primer gefe de nuestra nacion y de nuestro ejército, que hacia algunas horas que acababan de ver erguido y orgulloso, lleno del poder que ejercia y de las esperanzas de la mas espléndida gloria, y ahora humillado y confuso buscaba entre los infelices un abrigo donde refugiarse, era para ellos una imágen viva de la caida de nuestra patria, del envilecimiento de nuestro nombre, del anatema lanzado sobre nuestra raza.

En algunos puntos el general se bajaba á tomar algun descanso, y sentado sobre un banco donde lo colocaban sus asistentes, permanecia inmóvil, sin ser dueño por su mutilacion de dar un solo paso. Un caballo que solicitó para relevar el suyo, le fué negado bruscamente por un cura, y todas esas circunstancias tan insignificantes en sí, interesaban vivamente en aquella situacion.



EL C^{te} LUCAS BALDERAS

Coré del B^{to} de Artillería de Mina.

(185)

Cerca de las cinco de la tarde llegó á la hacienda de Tuzamápan, donde su resolucion era permanecer hasta el dia siguiente. Poco despues de su llegada se presentaron dos ó tres soldados del 11.º trayendo consigo la caja del cuerpo, en la que habia algun dinero, para entregarla á su comandante el señor general Perez; rasgo de honradez que nos parece muy digno de aplauso en unos infelices que iban á quedar abandonados en aquellos lugares en la mas espantosa miseria.

A las once de la noche, el administrador de la hacienda notició al general, que acababa de recibir el aviso de que una partida de americanos, destacada en su persecucion, iba á rodear la casa indudablemente. Bien pronto comenzaron á oirse varios tiros de fusil disparados á muy corta distancia, lo cual confirmaba aquella noticia, y ya entónces fué preciso ponerse en movimiento y disponer la salida de aquel punto.

La noche era tan oscura, que los objetos mas próximos no se percibian. Los tiros se oian cada vez mas cercanos y mas repetidos, y los criados de la hacienda, obrando aturdidamente, hicieron que no estuviese dispuesta la litera preparada para el general. Montó entónces á caballo, y un criado á pié con una vela se colocó delante de él, sirviendo de guia á la comitiva, que desfiló, uno tras otro, por un camino que parecia hundirse bajo los piés de los caballos. Era una de esas rápidas pendientes de la serranía que media entre Tuzamápan y Orizava. Despues de haber caminado largo tiempo, se hizo alto en las ruinas de un ingenio (trapiche) donde se esperó la venida del dia, á cuya hora continuó la marcha.

Habiendo atravezado un rio, cuya corriente va á unirse con la del de la *Junta*, llegaron á la orilla de este último en un punto en que una de las elevadas alturas por entre las cuales corren sus aguas, mansas, azuladas y profundas, se eleva casi perpendicularmente cubierta de hermosísimos bosques de arbustos, formando un enorme borde, á cuyo pié se alzan muchos árboles seculares, que con su espeso ramage hacen mas sombrío aquel lugar de un aspecto verdaderamente magestuoso. Unos pescadores, que viven allí en unas pobres chozas, los pasaron á la márgen opuesta en una pequeña balsa, dirigida con el auxilio de una maroma establecida de una á otra orilla.

Por largos rodeos ascendieron la elevacion que se alza en aquella

ribera, y llegaron por fin al rancho del Volador, en cuyo punto se detuvieron largo tiempo. Allí, por primera vez, el general Santa-Anna rompió el silencio, y en la conversacion manifestó la idea de continuar la guerra con obstinacion, apelando al único recurso que en su concepto nos quedaba, que era el sistema de guerrillas.

A corta distancia de este rancho, el camino que siguieron corre por en medio de hermosas arboledas, y desde algunos puntos descubiertos, se ven, ya hácia un lado, ya hácia al otro, profundísimas hondonadas, cuyo fondo se pierde en la oscuridad que produce la espesura verdinegra de los inmensos bosques que cubren aquel terreno con una eterna primavera.

Pasando con dificultad las pendientes y resbaladizas quebradas de la cima por donde caminaban, en algunas de las cuales el general tenia que abandonar la litera que le habian traído al rancho del Volador, se detuvieron, al caer la tarde, en una ranchería que se halla á la derecha del camino en medio de aquella serranía.

El dia siguiente, atravezando un pais semejante al que habian dejado atras, llegaron cerca de las diez de la mañana frente á Huatusco, pueblo fertilísimo, embellecido tambien por la hermosura de sus alrededores. Era el primer punto de alguna consideracion que encontraban en su camino, y en el estado en que llegaron acompañando al general Santa-Anna, contra el que habia odios tan vehementes, esperaban un mal recibimiento. Olvidaban verdaderamente cuál era el carácter mexicano.

En la calle de la entrada de la villa estaba formada una valla con los dispersos que se habian recogido allí: el ayuntamiento, en forma, salió á pié á recibir al general presidente para conducirlo á la habitacion del subprefecto, donde habia preparado un almuerzo abundante, y multitud de vecinos aumentaban el grupo desordenado en que se dirigieron todos á aquella casa.

Creemos que aquel tratamiento, tan poco notable en otras circunstancias, importaba entónces un triunfo para el general Santa-Anna, quien seguramente vió en él un rayo de esperanza de volver al poder que parecia haberle sido arrancado de las manos en el momento de perderse la batalla. Se presentó desde luego mucho mas animado por la continuacion de la guerra, y recordando con entusiasmo al ge-

neral Victoria, cuando en los dias de desgracia para los independientes, permaneció tanto tiempo oculto en una cueva de aquellas inmediaciones lamentando la opresion de su patria, hacia notar el mérito de la constancia de aquel héroe, y del ejercicio de esta sola virtud se prometia al fin un feliz éxito para México. En la noche dirigió un extraordinario al gobierno supremo con un parte muy vago, y seguramente muy injusto de la batalla de Cerro-Gordo, y volvió á presentarse en la escena política, de donde al parecer habia sido para siempre eliminado.

La mañana siguiente salió con sus compañeros de infortunio de Huatusco, pueblo cuyo recuerdo les será siempre grato por la hospitalidad que encontraron en sus habitantes; y en union de varios vecinos que salieron á acompañarlos, tomaron el camino de Orizava.

En el tránsito encontraron un grupo de dispersos, sobre los cuales desahogó el general su ira, diciéndoles mil improprios y dándoles cruelmente con su látigo.

Poco tiempo despues se descubrió el hermoso Pico de Orizava, reverberando como una superficie de plata los rayos del Sol que caian oblicuamente sobre su cima de nieve, y en seguida, por la izquierda, el pueblecillo de Coscomatepec, cuyas campanas se oian desde léjos, celebrando la llegada del general Santa-Anna, quien fué recibido en la casa del alcalde con la música del lugar y obsequiado con un almuerzo.

Continuó el general su camino, atravezando aun algunos rios, cuyo lecho se halla en lo mas profundo de esas barrancas pintorescas; y pasando tambien varias mesetas entapizadas de grama, se vió por fin hácia la izquierda la ciudad de Orizava, cuyos edificios blanqueaban entre las verdes arboledas de sus alrededores. Se siguió por la derecha por enmedio de un pais de un aspecto variado y risueño, hasta entrar en una calle de sembrados que va á terminar á las puertas de Orizava.

Cerca de la entrada de la ciudad hizo alto el general en espera de la noche, y allí lo encontraron los Sres. D. José Joaquin Pesado y D. Manuel Tornel, y los generales Leon y García Terán, que salieron á recibirlo en carruages, así como otros muchos individuos que fueron tambien á caballo atraídos por la curiosidad. Luego que oscureció,

dejando la litera en que venia, montó en un landó de aquellos señores, y en medio de la que ya entónces era numerosa comitiva de á caballo, entró velozmente por la ancha calle principal, y se detuvo en la casa del Sr. Tornel. Al bajarse del coche se agrupó al derredor una multitud de pueblo curioso, á la que algun adulator importuno escitó á que prorumpiese en vivas al *ilustre general Santa-Anna, al héroe de Tampico, al libertador de México*. Muy difícil seria describir la amarga impresion causada por tan reprobables aplausos, que mas bien eran sarcasmos en aquella situacion.

La oficialidad de la pequeña brigada que mandaba el general Leon, compuesta de las tropas que habian levantado en el Estado de Oajaca, se presentó esa noche á cumplimentar al general Santa-Anna, quien desde entónces se ocupó activamente en aumentar en lo posible aquellas fuerzas, y se fijó en permanecer en la ciudad miétras lo permitiesen las circunstancias, á fin de que fuese el punto de reunion de todos los dispersos de Cerro-Gordo, los cuales en efecto ocurrieron allí sucesivamente, á escepcion de la caballería, á la que se le dió orden de dirigirse á San Andres Chalchicomula, y de varios generales y oficiales que con escándalo de la nacion se presentaron en México en aquellos dias, y no se incorporaron á las filas que habian abandonado, sino hasta la venida del ejército á la capital.

Los que no pertenecian á él, dejaron á Orizava dos dias despues de su llegada, y al ascender las elevadas cumbres de Aculzingo, dejando allá abajo aquella costa donde habian presenciado tanto infortunio, les parecia que veian doblarse la hoja mas lúgubre de nuestra historia.



CAPITULO XII.

Retirada de la caballería—Abandono de Perote y la Olla—Puebla y Amozoc.

La desgraciada accion de Cerro-Gordo, no solo causó la derrota material que con tanto sentimiento hemos procurado describir en el capítulo precedente, sino que destruyó de una manera notable el ánimo de las tropas que habian escapado del desastre.

Miétras el general Santa-Anna se dirigió á Orizava, el general Canalizo siguió su retirada con direccion á la capital. En la Banderilla dirigió un parte al supremo gobierno, comunicándole el desastre de Cerro-Gordo, y continuó precipitadamente para adelante. En Perote no se detuvo ni el tiempo necesario para estraer algunos depósitos de vertuario y armas pertenecientes al ejército, ni para salvar algunas de las piezas de artillería; y unos cajones de tabaco que estaban allí depositados, y que probablemente pertenecian á las administraciones cercanas, fueron tomados por los soldados. La fortaleza, cuando pasó el teniente coronel Robles, que fué uno de los últimos que se retiraron del campo de Cerro-Gordo, estaba completamente sola.

Despues de Cerro-Gordo hay otro punto en el camino de Veracruz, que segun la opinion de personas inteligentes, es á propósito para una defensa. La operacion militar que se creyó practicable, era el reu-